

Aprender a convivir

Frente a los numerosos desafíos del porvenir, la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia la paz, la libertad y la justicia social.

Aprender a ser, aprender a hacer, aprender a pensar y aprender a convivir se configuran como los grandes retos de la educación del siglo XXI.

El peligro de que crezca la exclusión social en la sociedad hace más necesario que nunca que la escuela sea reconocida, valorada y apoyada por todas las instituciones.

Sin embargo esta tarea no es nada fácil en la actualidad porque, mientras la escuela tiene que educar en unos valores, derechos y habilidades determinados, nacidos del paradigma humanista, la dinámica de las sociedades capitalistas impone unas pautas y unos valores de convivencia que contradicen lo que la escuela debe realizar en su historia diaria.

Mientras que la escuela tiene que educar para valorar la justicia, la igualdad, la convivencia, *el nuevo orden internacional* sigue imponiendo desde el pragmatismo más absoluto la ley del más fuerte, se hace sordo a los derechos más fundamentales de los seres humanos en los países que él mismo empobrece, considera el poder del dinero como la máxima aspiración y *fabrica la exclusión social* dentro y fuera de sus fronteras.

Múltiples preguntas confirman esta contradicción cuando la escuela asume el reto de proporcionar a los más pequeños unos conocimientos, procedimientos y actitudes para poder entenderse a sí mismos y a los demás desde una convivencia donde la persona sea lo más importante:

- ¿Cómo educar en la convivencia teniendo en cuenta los valores que se cotizan en la sociedad?
- ¿Cómo potenciar la resolución de conflictos de manera no violenta si en muchas ocasiones la propia sociedad los resuelve violentamente?
- ¿Es posible que la escuela pueda fundamentar el ponerse en el lugar del otro, cuando la insensibilidad, la insolidaridad y la apatía impregnan la vida diaria?
- ¿Es posible que la escuela pueda educar en la convivencia cuando se difuminan cada vez más en las relaciones humanas los límites entre los derechos y los deberes?
- ¿Es posible entender para los niños/as y jóvenes, en la convivencia diaria, que los/as maestros/as quieren lo mejor para ellos/as cuando se deteriora tácita o negativamente su imagen?

Las soluciones a estas preguntas sólo son posibles si la sociedad, la administración educativa, la familia, los medios de comunicación responden junto con la escuela al reto que supone hoy educar a convivir.

La escuela tiene un potencial de intenciones, a través de los cuales puede generar una visión de la vida en los más pequeños/as que les permita interpretarse a sí mismos y a los demás con las garantías suficientes para poder vivir reconociendo en los otros los mismos derechos, las mismas necesidades y los mismos sentimientos a la hora de resolver los conflictos, que necesariamente se dan con ellos. Pero este potencial no podrá convertirse en realidad si no se le reconoce el valor que tiene, si no se potencian los canales efectivos de

participación que en ella existen, si la misma escuela se ve abandonada desde todos los ámbitos en su práctica diaria.

Crear en los maestros/as, confiar en ellos/as, reconocer el trabajo que realizan en búsqueda de una sociedad distinta de una manera efectiva y no con grandes retóricas, darles los recursos y la formación necesaria para abordar los nuevos retos, son ejes indispensables para impulsar una nueva imagen de sí mismos/as, una autoestima mayor y la ilusión en un proyecto compartido con toda la sociedad, en el cual tienen su parte de responsabilidad.

Y esto, no solamente para preservar el tejido social de inseguridades futuras, sino sobre todo porque los grandes perdedores, si no se aprende a convivir, serán los niños/as y los/as jóvenes que aprenderán a resolver sus conflictos de manera violenta. Los grandes perdedores en este reto son los propios sujetos que actúan de tal modo, que ni se entienden a sí mismos, ni descubren a los demás con la singularidad y riqueza que cualquier ser humano tiene, pero al mismo tiempo también pierde toda la sociedad, que se ve abocada a una convivencia imposible.